

El banco del parque

1) PARQUE - EXT./DÍA

Una mujer no demasiado mayor, de unos sesenta años, de aspecto elegante, se aproxima a un banco de un parque. Arrastra un carrito de la compra que parece pesar. Lo deja junto al banco y se sienta a su lado. La cámara está situada frente al banco y la ve llegar desde la izquierda.

MUJER MAYOR (mirando hacia el horizonte)

¡Qué mañana más bonita! Después de tantos días de lluvia, se agradece que salga un poquito el sol y nos dé un poco de calorcillo. Aunque sea este sol de invierno, que parece que está a medio gas de lo poco que calienta.

Se queda en silencio unos segundos.

¿Te acuerdas de este banco? A ti te encantaba. Siempre decías que era el banco al que más le daba el sol de todo el parque. Y qué satisfecho te sentías cada vez que llegábamos a esta vereda y veíamos que estaba vacío. Esperándonos,

decías tú que estaba. Sonreías como un niño al que le dan un juguete nuevo.

La mujer sonríe al recordar pero, poco a poco, su rostro se torna triste.

Hacía mucho tiempo que no venía por aquí, ¿sabes? La verdad es que no había vuelto desde que tú..

La mujer se levanta del banco y, nerviosa, se pasea por los alrededores mientras continúa con su monólogo.

Hoy he venido aquí porque tengo algo que decirte, y he pensado que este lugar, nuestro banco del parque, es el sitio más indicado para hacerlo. Hemos pasado tantos momentos juntos aquí... Como cuando me pediste que me casara contigo. O cuando yo te dije que estaba embarazada de Elena. O cuando te llame aquella tarde para decirte que vinieras porque había salido a pasear y me acababa de desmayar y estaba aquí sola. Por cierto, ¿no te pareció rara aquella llamada? No, qué va, qué te iba a parecer rara. Los hombres, a pesar de todo lo que presumís, sois tan inocentes como niños.

Y tú, como todos, pensabas que yo no me enteraba de nada, que no me daba cuenta de que llevabas varios años liado con tu secretaria. Esa tarde, yo sabía que estabas con ella. Por casualidad, os había visto entrar a los dos en ese restaurante italiano que estaba cerca de tu oficina, ese al que nunca pudimos ir juntos porque siempre que lo intentábamos pasaba algo que nos lo impedía. O no había mesas disponibles, o te surgía una reunión repentina... Yo sabía que tú no querías llevarme allí contigo, que no querías que te vieran allí con otra... Qué ironía, como si la otra fuera yo...

La mujer se vuelve a sentar en el banco, con gesto compungido.

Sí, siempre lo supe. Y también supe, tiempo después, que tu secretaria no fue la única. La verdad es que no eras muy sutil ocultando el rastro de tus engaños. Pero si nunca te dije nada no fue porque fuera tan tonta como para no darme cuenta, sino por otras razones. Lo hice por nuestras hijas, por Elena y por Clara, para que no te odiaran, para que

siguieran pensando que su padre era el mejor del mundo... Y también, tengo que confesarlo, por mí misma, porque no me sentía capaz de salir sola adelante, por esa educación machista y retrógrada que hemos recibido las mujeres de mi generación, que nos ha obligado a pensar que no somos nada sin un hombre cerca que nos ampare...

La mujer se levanta y reinicia su paseo aunque, esta vez, su gesto es de enfado.

Han pasado muchas cosas desde tu marcha, ¿sabes? Ha habido muchos cambios. Ya nada es igual. Pero no creas que las cosas han cambiado porque tú no estés ya entre nosotros. No. Al principio, tengo que confesarte que creí morirme. Pensaba que no iba a poder vivir sin ti. A pesar de tus engaños, me sentía muy unida a ti. Y pensaba que aquello era amor. Pero, de pronto, un día, me di cuenta de que no sentía nada. Ni pena, ni angustia, ni dolor, ni resquemor... Ni, por supuesto, nada que se pareciera al amor. Nada. Y entonces supe que, en el fondo, no te echaba de menos, ni te amaba, ni te odiaba... Porque no te

quería. Me eras indiferente. Te lo habías ganado a pulso, reconócelo.

Nuevamente, la mujer se sienta en el banco. Su gesto vuelve a ser sereno.

Pero no quiero que me malinterpretes. No he venido aquí a hacerte reproches, sino a contarte algo. Ante nuestras hijas, he seguido fingiendo ser una viuda desconsolada, un poco trastornada por la pérdida del amor de su vida. Tan trastornada, que no es capaz de deshacerse de sus cenizas, que todavía están dentro de una urna junto a la tele del salón. No se merecen saber que su padre era un sinvergüenza. Pero a ti sí te puedo contar la verdad, aunque tú nunca fueras tan valiente como para hacer lo mismo conmigo. ¿Sabes? He conocido a alguien. Es un hombre estupendo, al que conocí hace un par de meses en el hospital, en la sala de espera, mientras nuestra Clara daba a luz a su pequeña. Por cierto, es una pena que no la hayas conocido, es una niña preciosa, clavadita a nuestra Clarita cuando nació...

La mujer sonríe con ternura y se queda en silencio un momento.

Se llama Gerardo y ha sido locutor de radio. Tiene una voz preciosa. Y lo más importante: nos queremos. De momento, estamos siendo discretos, porque todavía no queremos decírselo ni a sus hijos ni a las nuestras. Pero queremos vivir juntos. Ya somos un poco mayorcitos para noviazgos largos, ¿no te parece? Sí, ya sé que pensarás que es una locura, que como se me ocurre, a mi edad, y todo eso. Pero tú estás muerto, y yo viva, más viva que nunca, y tu opinión ya no cuenta. Por eso he decidido sacarte hoy a pasear. Ya no quiero verte más, no quiero seguir fingiendo que te mantengo al lado de la tele del salón porque te quiero tanto que no puedo desprenderme de tus cenizas. Y ya pensaré algo que decirles a nuestras hijas. Al fin y al cabo, a ellas les preocupa que yo te tenga ahí, al lado de la tele. Creen que no es sano. Así que, querido mío, hasta aquí hemos llegado. Te voy a esparcir por aquí, por los alrededores de este banco que tú llamabas «tan nuestro», para que me tengas muy presente por toda

la eternidad, y sepas que ahora soy mucho más feliz sin ti de lo que lo fui en treinta y tantos años contigo. Que te vaya bonito, donde quiera que estés.

Al mismo tiempo que pronuncia estas últimas palabras, la mujer abre el carrito de la compra, extrae de su interior una urna funeraria, la abre y esparce su contenido alrededor del banco. Cuando finaliza, guarda de nuevo la urna en el carro con cara de satisfacción, mientras observa a una mujer más joven, que se dirige hacia ella. Cuando llega, se besan y se sientan juntas en el banco.

MUJER JOVEN

Hola, mamá. Sabía que te encontraría aquí. Acabo de pasar por tu casa y, como no estabas, he pensado que habrías salido a dar un paseo. Me alegro de que, por fin, te hayas decidido a salir un poco a la calle. Eres todavía muy joven como para enclaustrarte de por vida.

Dirige su mirada al carro de la compra.

Pero, ¿qué haces con el carro de la compra? ¿No se encarga Leonor de comprarte todo lo que necesitas?

Mientras pregunta, vuelve a mirar a la mujer mayor.

MUJER MAYOR

Sí, pero hoy me apetecía a mí dar una vuelta por el mercado. Es que tienes razón, hija. Tengo que empezar a recuperar las ganas de vivir. Pero es tan duro quedarse sola así, tan de pronto... Y además, tú ya sabes que papá y yo estábamos tan unidos...

El tono de la respuesta de la mujer mayor tiene un tono de sorna que pasa desapercibido a la mujer joven.

MUJER JOVEN

Sí, lo sé. Pero ya ha pasado el tiempo suficiente como para que empieces a olvidar y a salir un poco. Que no quiero decir que te vayas a despendolar y a echarte un novio a estas alturas, ¿eh?

Al escuchar este comentario, la mujer mayor mira hacia la cámara buscando la complicidad de quienes están al otro lado.

Pero sí salir con tus amigas, venir a mi casa o a la de Clara más a menudo... Y otra cosa que deberías hacer es pensar ya en deshacerte de las cenizas de papá. No es bueno que las estés viendo todo el día al lado de la tele, mamá. Clara y yo lo hemos hablado, y tal vez estaría bien que nos las lleváramos al pueblo. ¿A ti qué te parece?

La mujer mayor mira de nuevo a la cámara con complicidad, y después enfrenta la mirada de la joven con gesto compungido.

MUJER MAYOR

Pues no sé, hija. Ya sabes que me cuesta mucho desprenderme de tu padre. Bueno, de lo que queda de él...

La mujer mayor hace una pausa y suspira.

Pero, tal vez tengáis razón y ya sea la hora de hacerlo. Aunque no quiero, por nada del mundo, esparcir sus cenizas en ningún sitio. Me daría mucha pena que viniera una ráfaga de viento y se llevara a mi Ramón por ahí, vete tú a saber dónde. Yo quiero que esté todo él,

enterito, enterrado en algún sitio del pueblo, como el olivar aquel que fue de su padre y al que tanto le gustaba ir a pasear. Allí estará muy bien mi Ramón. ¿No crees, cariño?

La mujer mayor, mientras acaricia con ternura la mejilla de la joven, emplea, de nuevo, una sorna que su interlocutora no capta.

MUJER JOVEN

Por supuesto, mamá, se hará como tú quieras. Ya verás qué contenta se va a poner Clara cuando se lo contemos.

Las dos mujeres se levantan del banco y comienzan a caminar agarradas del brazo, mientras la hija se ofrece para arrastrar el carrito de la compra.

MUJER JOVEN

Qué poco pesa, parece que has comprado poco hoy...

Acompaña la pregunta con un gesto de extrañeza.

MUJER MAYOR

Pues ya ves, hija, he salido con la intención de ir al mercado y, sin saber muy bien cómo, he acabado aquí. Ha debido ser una especie de llamada de tu padre. Como este lugar era «tan nuestro»...

La mujer, de nuevo, emplea un tono irónico que la joven no percibe, y dirige de nuevo la mirada a la cámara, buscando su complicidad. Dan la espalda a la cámara, que las ve cómo se alejan.

Fundido en negro.

FIN

El Ejido, enero de 2017